

SOBRE LA NATURALEZA ACTUAL DE LA CRISIS DEL CAPITALISMO*

(PRIMERA CONFERENCIA)

INTRODUCCIÓN

Todos nos damos cuenta, aunque de manera todavía poco precisa, que todo un período histórico está llegando a su término, que ha entrado en crisis. Como este período fue el del dominio del capitalismo, la crisis presente es ante todo la crisis de este sistema. Como modo de producción y como modelo de existencia social, éste parece estar iniciando el final de su existencia histórica. Sin embargo, no es solamente el capitalismo el que está en crisis. Aunque de modo diferente y con proyecciones muy distintas, lo está también el socialismo tanto en la realidad de su construcción como en su teoría.

La extraordinaria vitalidad con que surgió el capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial, parece haber sido la antesa-

la de la maduración definitiva de sus formas de producción específicas, y en consecuencia de la iniciación de su crisis. Pero todo eso no ha afectado solamente al propio sistema, sino también a todo el proceso de construcción del socialismo y al desarrollo del pensamiento y la práctica revolucionarios, particularmente en Occidente.

Creo que no es dudoso que esa notable vitalidad del capitalismo durante el período que termina, es uno de los más importantes factores asociados al curso de deformación y estancamiento del progreso socialista de los países de Europa del Este, así como del pensamiento y la práctica política de la mayor parte del movimiento comunista internacional, especialmente del que está ligado a la línea política de aquellos países.

Por cerca de cuarenta años, la teoría, la práctica política y la cultura política cotidiana del movimiento marxista occidental, han sido sometidos a los efectos cruzados del

* Publicado en Quijano, Aníbal 1974 *Crisis imperialista y clase obrera en América Latina* (Lima: Edición del autor) pp. 9-47.

proceso de burocratización y tecnocratización del poder y del razonamiento político en los países de Europa del Este, así como a las ilusiones y las prácticas sociales enajenantes secretadas por la lozanía del capitalismo en proceso de maduración.

Fue en medio de ese proceso que la mayor parte del movimiento comunista internacional llegó casi a confundir la idea de revolución con la del desarrollo, a reinterpretar de manera reificatoria los elementos centrales de la teoría marxista, y a casi convertirse en una oposición interna del sistema más bien que en una alternativa revolucionaria contra él.

De las consecuencias de ese proceso no han salido indemnes quizás ninguno de los sectores del movimiento revolucionario contemporáneo, en ningún país sometido a la dominación capitalista. No hemos sido capaces de evitar, plenamente, que el capitalismo en el período en que su maduración final le prestaba un aura de lozanía, no solamente comprometiera el desarrollo de la teoría revolucionaria, sino también pervirtiese nuestras vidas a pesar de nuestras intenciones.

Inevitablemente, bajo estas determinaciones, ingresamos en este período de crisis con una notable debilidad teórica, que produce hoy día una situación pantanosa para el desarrollo

del movimiento revolucionario actual, y que nos hace recordar con angustia el reclamo leninista de que sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria. Gran parte de nuestro andamiaje de conocimientos y de ideas de hoy provienen y están atados a las condiciones y a las características del período que ahora se resuelve en crisis, y es en cambio muy débil nuestra capacidad de comprender la naturaleza de la crisis actual, de las tendencias centrales de cambio que están implicadas allí. Esa debilidad hace que, con desoladora frecuencia, nos rindamos a interpretar las situaciones nuevas como si fueran las pasadas, a usar formas de acción que acaso hubieran sido aptas para situaciones anteriores como útiles para nuestros problemas actuales.

Hará falta un esfuerzo colectivo encarnizado para romper con esta pesada herencia, organizar nuestros conocimientos y nuestras formas de acción a la medida de nuestras necesidades actuales, si es que de esta crisis es la revolución socialista la que debe salir, y no una lenta y agónica descomposición e irracionalidad creciente de la sociedad contemporánea.

Esta vez yo no puedo traer aquí otra cosa que una reflexión en voz alta sobre algunos de los problemas que parecen más urgentes de investigar; es decir más perplejidades que afirma-

ciones posibles, a lo sumo el intento de acuñar algunos interrogantes que pudieran tener significación para orientar las búsquedas.

SOBRE LA NATURALEZA ACTUAL DE LA CRISIS DEL CAPITALISMO

Especialmente a partir de las perturbaciones monetarias de fines de la década pasada, se han venido acumulando los síntomas y las sospechas de que el capitalismo ingresaba en un período de crisis. Sin embargo, no me parece que sería muy fructífera la búsqueda de estudios y de esfuerzos teóricos que nos dieran cuenta de su carácter concreto. ¿Se trata de una crisis cíclica del tipo clásico y que, como ellas, permitirá todavía a este modo de producción una vitalidad renovada? ¿Una corta crisis de coyuntura? ¿O es una crisis que afecta a las bases mismas del capitalismo y que así anuncia el comienzo del fin del sistema?

Lo más importante de la literatura especializada, que proviene de los últimos años de renovación de la investigación y reflexión marxista, nos ha enseñado que el capitalismo ha cristalizado su fase monopolística; que como su expresión emergen ahora los gigantescos conglomerados llamados multinacionales o

transnacionales y se desarrolla el sector estatal de capital monopólico; que hay un curso de internacionalización aún más pronunciado del capital aunque el control está anclado principalmente en los Estados Unidos, el Mercado Común Europeo y el Japón; que se abre una relativa separación entre las políticas inmediatas de estas grandes corporaciones y las de los principales Estados imperialistas, sin que esto signifique que estos hayan dejado de ser el instrumento político de su dominación. Que las operaciones de estas corporaciones transnacionales entrañan una tendencia creciente a la inflación, y en consecuencia de mayor empobrecimiento de las masas explotadas de todo el mundo; que los desequilibrios monetarios y comerciales entre los principales centros de acumulación tienden a ser mayores, y se agudizan por los efectos de las guerras imperialistas en el sudeste asiático y en el cercano Oriente. Que la mayor concentración de capital se desarrolla en las ramas de medios de producción, más bien que en las de bienes de consumo; que las prácticas especulativas en la acumulación de capital se extienden cada día más, originando sectores de economía ficticia y despilfarro de recursos crecientes; que, en fin, el desarrollo de las fuerzas productivas se hace más y más errático y desigual y que se

pervierte el uso de las más potentes convirtiéndolas en fuerzas destructivas.

Ninguna duda cabe de que todo este arsenal de conocimientos establecidos describe con propiedad, y aún con refinamiento, el conjunto de cambios más importantes que ocurren en el sistema, como adaptación constante a sus potencialidades y necesidades. *No obstante, me atrevo a decir que, con toda su importancia, todo esto es insuficiente para enseñarnos por qué ocurren esos cambios y sobre todo qué sucede en medio de esos cambios con el problema mismo de la producción de valor y de plusvalía, con las relaciones de producción como tales, y con las relaciones entre estas y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Es decir, qué pasa en la matriz misma del modo de producción y cuáles serían las consecuencias de ello.*

Y este es, a mi juicio, el vacío central de la investigación marxista actual de la economía política del imperialismo. Creo, además, que mientras este problema capital no sea atacado a fondo en la investigación, nuestra capacidad de previsión histórica concreta sigue siendo limitada, y en esas condiciones la construcción de una alternativa revolucionaria eficaz es ciertamente muy difícil.

Para decirlo en los propios términos de Marx en el “Prólogo” a la primera edición del

Capital: “Lo que de por sí nos interesa aquí –escribió allí– no es precisamente el grado más o menos alto de las contradicciones, que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesan más bien estas leyes de por sí, estas tendencias, que actúan y se imponen con férrea necesidad”¹.

Marx pudo prever la inevitabilidad de la concentración de capital. Pero no tuvo el tiempo de analizarla en concreto. Los teóricos de la Segunda Internacional y con ellos Lenin, asistieron a la llegada de ese proceso, analizaron en vivo la iniciación del capitalismo monopolista y con él de la era del imperialismo. Lenin pudo prever que como consecuencia de la agudización de las contradicciones del sistema en este período el capitalismo ingresaba en su fase final.

Creo sin embargo que el genio político de Lenin contaba más con los límites políticos del capitalismo, con la probabilidad del desarrollo del movimiento revolucionario internacional, y europeo en particular, para el fin del capitalismo. Porque es *ahora* un resultado histórico, que desde el punto de vista de sus límites técnicos, el capitalismo del período de Lenin dis-

1 Marx, Karl 1946 *El Capital* (México: Fondo de Cultura Económica) T. I: XIV; 4ta edición.

taba aún de su fase de maduración definitiva. Y después de Lenin, la revolución socialista en Europa, varias veces posible, fue una y otra vez derrotada, y en su lugar, fue en la periferia del capitalismo donde esa revolución pudo triunfar, y ante todo en China. Es decir, no precisamente en el centro de la maduración del modo de producción capitalista. Y así como en Rusia de 1917, en esos lugares la revolución pudo triunfar ante todo por factores histórico-políticos y menos por la maduración de las formas específicas de la producción capitalista.

Sabemos, ciertamente, que el capitalismo tiene un límite político; la revolución socialista. Pero ahora también sabemos que esta no tiene que ser, necesariamente, el resultado del agotamiento total de las bases del modo de producción. Es el resultado de la eficiencia con que es capaz de actuar la fuerza revolucionaria de los trabajadores, en una coyuntura histórica determinada. Y, notablemente, eso ha ocurrido hasta hoy fuera de los centros de mayor desarrollo del sistema capitalista.

Sabemos, igualmente, que la revolución socialista surge como una necesidad histórica de las propias tendencias inherentes al desarrollo del capitalismo; pero que no es de ningún modo una fatalidad histórica, ni un desarrollo automático de las contradicciones de ese sis-

tema, porque es una empresa consciente y deliberada como ninguna otra. Y, por eso mismo, está sujeta a la capacidad de acierto o error del agente histórico revolucionario.

De allí no se desprende, sin embargo, que si no hay revolución socialista el capitalismo puede continuar indefinidamente en la historia, aunque modificándose, adaptándose permanentemente a sus contradicciones. Lejos de eso, como todos los otros sistemas históricos, no puede dejar de llegar a un límite técnico, teóricamente previsible.

Marx descubrió que el capitalismo tiene dos niveles de contradicciones, diferentes pero interdependientes. Un primer nivel, cotidiano, es la contradicción entre la forma cada vez más social de la producción y la forma privada, cada vez más concentrada, de la apropiación de los productos y de los recursos de producción. Esta contradicción alimenta la diaria lucha de clases. Y es privativa del capitalismo.

El segundo nivel, consiste en la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción dentro de los cuales operan y se desenvuelven. Esta contradicción es común a todos los modos de producción, pero actúa dentro del capitalismo de manera específica, a través del desarrollo de los medios técnicos de produc-

ción, de origen básicamente científico-tecnológico. El desarrollo del primer nivel de contradicciones depende, en último análisis, del grado de maduración del segundo nivel. Es decir, del crecimiento que las fuerzas productivas van alcanzando. Cuando estas entran en contradicción abierta e insostenible con las relaciones sociales de producción dentro de las cuales han madurado, las contradicciones del primer nivel ingresan también en su fase de agudización definitiva.

De esa manera, la crisis definitiva del sistema como tal, sólo emerge cuando al entrar en contradicción definida las relaciones sociales de producción con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación se agudizan tanto que el sistema no es más capaz de estabilizarlas y, en consecuencia, se expresan en la máxima virulencia de las luchas de clases.

Para Marx, pues, es en este segundo nivel de contradicciones en donde reside, en definitiva, el límite *técnico* del capitalismo. Y eso debe expresarse *políticamente* en el primer nivel.

Como se sabe, la teoría general acerca de este problema por lo que toca a cualquier modo de producción, se encuentra en el célebre texto del “Prólogo” a la *Contribución a la Crítica de*

*la Economía Política*². Pero la teoría específica respecto del modo de producción capitalista, se encuentra esbozada en los *Grundrisse*³. Allí Marx proyectó su genio de previsión teórica, para dejarnos el único texto conocido en la literatura marxista en que se establece, con precisión, a partir de qué momento se puede afirmar, teóricamente, que el modo de producción capitalista, en tanto que sistema de producción y de apropiación de plusvalía, ha entrado en el comienzo del fin.

El núcleo de las tesis de Marx se refiere a los cambios en la composición orgánica y técnica del capital. El desarrollo de las fuerzas productivas, que en el capitalismo son funda-

2 Dice Karl Marx en el “Prólogo” a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*: “Al llegar a una determinada etapa de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad, chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Se abre así una época de revolución social” (ediciones varias).

3 Marx, Karl 1967 *Fondements de la Critique de l'Economie Politique* (Paris: Anthropos). Título original en alemán: *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*.

mentalmente de origen científico-tecnológico, hace que tienda a aumentar constantemente la cantidad y la calidad de los medios técnicos de producción, que de ese modo van dejando de ser solamente eso y asumiendo simultáneamente el papel de agentes productivos cada vez más, reduciendo correlativamente el papel del trabajo vivo –es decir, del obrero– como agente productor, intermediador entre los medios técnicos y las materias primas, hasta que llega un momento en que los obreros son apenas “accesorios conscientes” de los medios técnicos de producción. De esa manera, “el proceso de producción cesa de ser un proceso de trabajo, en el sentido en que el trabajo constituiría la unidad dominante”⁴. A partir de ese momento “el valor objetivado en la maquinaria se presenta allí como la condición previa: frente a ella, la fuerza valorizante del obrero individual se borra, habiendo devenido infinitamente pequeña”⁵.

Para que ese momento pueda llegar, es necesario que los medios técnicos de producción hayan adquirido una condición tal que su capacidad productiva sea equiparable a la de una

fuerza de la naturaleza, muy por encima de su valor de producción, y que por lo tanto su valor no puede ser más medido según el tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción, no obstante ser trabajo acumulado, porque ese trabajo acumulado es, en la práctica, el resultado del desarrollo de *toda* la ciencia y la tecnología de ese momento. Según Marx, ese sería el resultado necesario del desarrollo de máquinas y de sistemas de máquinas automatizadas, servidas por mecanismos de autodirección. En el lenguaje actual se hablaría de la cibernética y de su combinación con la energía nuclear⁶.

Un grado tal de desarrollo de las fuerzas productivas, supone que el capital se ha desarrollado completamente en sus formas de producción específicas. Y en la medida en que aquí el tiempo de trabajo cesa de ser el principio determinante de la producción, también el capital, en tanto fuerza dominante de la producción, deja de tener función. O sea “se abre él mismo a su disolución”⁷.

En el modo de producción capitalista, la medida del valor depende de la cantidad de tiem-

4 Marx, op. cit., T. II: 212.

5 Marx, op. cit., T. II: 213.

6 Marx, op. cit., T II: 221.

7 Marx, op. cit., T II: 215.

po socialmente necesario invertido en su producción. Y el proceso de valorización se funda en la intervención del trabajo vivo, que simultáneamente conserva y transfiere el valor del trabajo acumulado –medios técnicos y materias primas– y crea un nuevo valor, al intermediar entre los medios técnicos de producción y el objeto de producción.

A partir del momento en que el proceso de producción deja de ser un intercambio entre el trabajo vivo y el trabajo acumulado u objetivado, puesto que los medios técnicos han asumido el papel de medios de producción y de agentes de producción, al mismo tiempo, y la fuerza valorizante del obrero ha devenido infinitamente pequeña, la producción no consiste más en la creación de valor sino, básicamente, en la transferencia de valor. Los medios técnicos, nuevos agentes de producción, no crean un nuevo valor. Sólo pueden transferir al producto, parte del trabajo acumulado o de valor que condensan. En este momento, por lo tanto, deja de producirse plusvalía.

De otro lado, en la medida en que los poderosos medios técnicos y agentes de producción, al mismo tiempo, tienen una capacidad productiva que ya no guarda relación con el tiempo de trabajo inmediato que se invirtió en su producción, la medida del valor de sus productos deja

también de corresponder al cálculo del tiempo socialmente necesario. Así, la ley del valor cesa de actuar en la producción. En otros términos, las relaciones de producción capitalistas dejan de tener lugar.

Si ello es así, el capitalismo en tanto que sistema de producción y acumulación de plusvalía y fundado en la ley del valor, ha llegado al límite de sus posibilidades históricas de existencia y se “abre él mismo a su disolución”. A partir de ese momento, o las revoluciones socialistas producen la eliminación deliberada del capitalismo, o se ingresa en un período en que el sistema es cada vez más prisionero de sus contradicciones, cada vez más irracional. Las relaciones sociales de producción y su expresión jurídica como relaciones de propiedad, son ya inútiles, históricamente, para el uso eficaz de las fuerzas productivas y para su desarrollo. Así, la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción capitalistas, alcanzan un momento de enfrentamiento abierto y explícito. Y “se abre un periodo de revolución social”.

A nadie se le ocurriría hoy que la situación prevista por Marx es la característica del actual sistema capitalista, visto en conjunto. Pero sabemos desde Lenin que el capitalismo como

sistema se desarrolla desigualmente. Y desde Trotsky sabemos también que ese desarrollo es desigual y combinado. Esto es, que el capitalismo se desarrolla en niveles distintos pero orgánicamente articulados dentro del conjunto, interpenetrándose y condicionándose entre ellos y con el conjunto.

Es, por lo tanto, legítima la pregunta acerca de ¿hasta qué punto y en qué lugar del sistema capitalista actual, pudiera estar ingresando el momento teóricamente previsto por Marx? Y si acaso fuera así ¿cuáles podrían ser las consecuencias teóricas y concretamente discernibles para el resto del sistema, para sus relaciones con los sistemas poscapitalistas ya existentes? Y, para las necesidades de la revolución socialista ¿qué se desprendería de todo eso?

Imposible encontrar, en este momento, alguna respuesta solvente a la primera de esas preguntas. Por lo menos hasta donde conozco, no existen resultados de investigaciones encaminadas a explorar este problema. A pesar de la recurrencia de la palabra crisis en nuestro lenguaje político de las últimas décadas, esta pregunta no parece haber sido formulada con la urgencia necesaria. Y creo, además, que para esta carencia no ha sido ajena la gran vitalidad del capitalismo hasta este momento. Pero creo también que ahora es indispensable la atención

de la investigación marxista acerca de esta crucial cuestión.

La aparición de máquinas y de sistemas de máquinas automatizadas y dotadas de mecanismos de autodirección y de autorregulación, que Marx había previsto como requisito para el comienzo del momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, deja de ser la fuente principal de la producción, es ya indiscutible en la actualidad.

Eso ha llevado a la completa automatización de la producción en no pocos centros de producción, especialmente en aquellas ramas de producción de medios técnicos de producción, que son las que hoy día comandan como puntas avanzadas el modo de producción capitalista.

¿Cuál es el significado de este hecho para el problema de las contradicciones entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales y las relaciones sociales de producción, o, su forma jurídica, las relaciones de propiedad, en el capitalismo actual? ¿Qué ocurre en los núcleos totalmente automatizados de producción con el problema de la producción de valor y de plusvalía?

No pretendo aquí ofrecer una respuesta acabada a estos problemas. No conozco investigaciones realizadas y las mías están apenas iniciadas. Por el momento, mis reflexiones están,

ante todo, enderezadas a reclamar la atención de los investigadores.

No obstante, arriesgo una sospecha. Si se admite que, según las tesis de Marx, la presencia de sistema de máquinas automáticas dotadas de autorregulación y autodirección implica que los medios y técnicos de producción asumen, a la vez, la función de agentes de producción y que, en consecuencia, el trabajo individual pasa a ser en la práctica un “accesorio consciente” de esos medios técnicos, su capacidad de valorización deviene infinitamente pequeña, ello implicaría que en aquellos núcleos productivos del capitalismo donde la producción se automatiza totalmente, está cesando la producción de nuevo valor y por lo tanto de plusvalía. Y conforme a las propias tesis de Marx, el tiempo de trabajo está dejando de ser la medida de la producción. En sus propios términos: “desde el momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, ha dejado de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo debe dejar y deja de, ser su medida. Y el valor de cambio deja, por tanto, también de ser la medida del valor de uso”.

Sin embargo, en tanto que el proceso de automatización de la producción está todavía restringido a núcleos reducidos del aparato productivo del capitalismo, y con toda certeza

actualmente su expansión está limitándose deliberadamente cada vez más. Y en tanto que el capitalismo existe en un vasto sistema, una de cuyas características centrales es la desigualdad y la combinación entre diferentes niveles de desarrollo de las formas específicas de producción, el capitalista, dueño de aquellos núcleos automatizados de producción, tiene aún la posibilidad de realizar el producto que ya no contiene nuevo valor, y, por ende, plusvalía en el resto del sistema donde la automatización no ha llegado aún, y valorizar después lo realizado en dicho segmento del circuito de acumulación.

Si eso puede ocurrir así, se debe, ciertamente, a que no obstante el hecho de que el capital ha dejado de ser en aquellos núcleos automatizados, un elemento necesario para la producción, puesto que ya no se valoriza allí, el capitalista sigue, siendo el *dueño* de los recursos de producción que están dejando de ser capital y puede aún usarlos como si fueran capital sirviéndose del resto del sistema. Esto es, debido a la persistencia de las relaciones sociales de producción, bajo la forma jurídica de relaciones de propiedad, y de la estructura política que las mantiene. La forma social de la producción, en su grado más avanzado dentro del capitalismo, se contradice abiertamente con

la apropiación privada, porque el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales choca abiertamente con las relaciones de propiedad capitalistas, como Marx había previsto.

Decíamos que la expansión de la automatización de la producción, y su generalización en las diversas ramas dentro del capitalismo, son hoy técnicamente posibles, pero que esta difusión es lenta y errática, y deliberadamente trabada por los capitalistas. Por ejemplo, la producción de las llamadas máquinas de control numérico está prácticamente detenida y restringida su aplicación a pocos núcleos del sistema, inclusive en sus centros de acumulación. Es decir, el capitalismo está trabando el desarrollo y la expansión de sus medios más poderosos de producción, precisamente porque ese desarrollo choca ahora abiertamente con las actuales relaciones de producción, que son la base esencial de este sistema, ya que el continuado desarrollo de esos medios productivos va necesariamente, como acabamos de verlo, recortando los límites de la producción de valor, último fundamento del capitalismo.

Si todo eso tiene sentido, arriesgo otra sospecha: tomado en su calidad de modo de producción, el capitalismo estaría ingresando en un periodo de limitaciones crecientes a la producción de valor y de apropiación de plusvalía,

lo que no por estar aún referido a algunos núcleos avanzados del sistema deja de ser menos fundamentalmente significativo para el destino ulterior de este modo de producción. En consecuencia, esta situación está pasando a ser el basamento último de la crisis actual del capitalismo. De ser así, debería ser posible establecer las vinculaciones entre esa situación y las más visibles y mejor descritas tendencias actuales del sistema, como intentaremos mostrarlo más adelante.

Un primer problema debe ser despejado en la partida. Admitir que el modo de producción capitalista como tal podría estar comenzando a ser corroído por el choque abierto entre las fuerzas productivas que ha desarrollado y las relaciones sociales de producción que las cobijan, no implica que el capitalismo como sistema concreto de existencia social esté amenazado de un súbito derrumbe.

Lo que sucede, como tendencia, es que el sistema comienza a ser cada vez más prisionero de sus contradicciones en todos sus niveles, porque estas contradicciones tienden a ser cada vez más agudas y explícitas. El sistema es crecientemente incapaz de estabilizarlas o de encontrar mecanismos para amortiguarlas. En consecuencia se va tornando más y más irracional, y es sentido por eso como cada vez más absurdo.

Creo que esa tendencia tiene manifestaciones ya muy visibles hoy día, particularmente si se piensa en lo que ocurre en las sociedades capitalistas más desarrolladas, y principalmente en los Estados Unidos; donde probablemente tienen lugar, más que en otras partes del sistema, los procesos previstos por Marx.

Probablemente no es por accidente, que a pesar de que el capital dominante en el imperialismo contemporáneo proviene de ese país, la economía nacional como tal aparece en los Estados Unidos con dificultades cada vez más graves. Así, la literatura especializada señala la tendencia a la expansión de capital ficticio, en una vasta gama de actividades que no tienen relevancia alguna para la producción, pero que hacen parte creciente de la acumulación de capital, en desmedro de la inversión productiva; la tendencia a la reproducción creciente de medios técnicos de producción en lugar de la de bienes de uso y de consumo; los problemas de la absorción de mano de obra y la ampliación del desempleo y del subempleo; una escalada inflacionaria mayor que en otros periodos, con su secuencia de baja de los salarios reales de los trabajadores; la cada vez más corta alternancia entre los ciclos de expansión y de recesión; las dificultades de la balanza comercial y de la balanza de pagos; en 1970 no aumentó el producto

bruto nacional. Todo un cuadro de agudos problemas en el principal centro de acumulación capitalista contemporáneo, que dan cuenta de la agudización de las contradicciones internas de la economía capitalista de ese país.

En otro terreno, en ningún otro centro capitalista avanzado es, como en los Estados Unidos, tan patente el desarrollo de la crisis política y cultural, que expresan en esas dimensiones lo que ocurre en la matriz productiva. La quiebra de la lealtad de capas crecientes de la población a los más entrañables contenidos valóricos del capitalismo, la pérdida de sentido de la cultura del consumismo y de toda la ética social que sostenía la adhesión de la población a las necesidades del capital, especialmente entre los jóvenes; la irremediable corrosión de la eficiencia de la organización social, traducida tan expresivamente en la frase acuñada por la prensa de ese país como “el deterioro de la calidad de la vida cotidiana”, muestran bien a las claras un proceso de agudización de las contradicciones sociales, que va arrastrando a la más poderosa sociedad capitalista a una creciente inconsistencia, tan bien presentada en *Growing up Absurd* de Paul Goodman⁸.

8 Goodman, Paul 1961 *Growing Up Absurd* (Nueva York: Vintage Books).

En medida todavía menor, procesos similares se van desarrollando en todos los principales centros del sistema, en Europa Occidental y Japón. Y sus extremos se difunden también en todo el resto del mismo.

Un segundo problema teórico, a partir de aquí, es que en el supuesto de que efectivamente todo aquello esté ocurriendo al interior de las puntas avanzadas de la producción y del régimen social capitalista, en términos de la agudización de las contradicciones entre el grado de desarrollo de los medios técnicos de producción y las relaciones sociales de producción, eso debe necesariamente expresarse en la agudización de las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación. ¿Cuáles serían, en ese sentido, sus manifestaciones?

En el discurso teórico marxista, la maduración de las contradicciones derivadas del grado de desarrollo de las fuerzas productivas, en el capitalismo, implica su agudización entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación. Es el desarrollo de las fuerzas productivas que empuja la cada vez mayor socialización de la producción y como contrapartida, la lógica de la acumulación capitalista empuja hacia la creciente concentración de la apropiación

privada de los recursos de producción y de sus productos.

En los límites de esta conferencia, por obvias razones, no se podrán explorar los problemas aquí implicados sino en sus términos generales y de manera más bien alusiva.

En primer lugar, creo que la manifestación más definida de la agudización de las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación, es el tremendo desarrollo de las nuevas formas empresariales llamadas “empresas multinacionales o transnacionales” y de la internacionalización del capital que eso significa.

Ciertamente, el capital fue siempre internacional desde el comienzo, en el sentido de que sus intereses sobrepasan las fronteras nacionales y son para ellos más importantes que los intereses nacionales. Sin embargo, es en un sentido más profundo que la internacionalización del capital se desarrolla: la estructura internacional del capital y de la producción capitalista.

Desde este punto de vista, no es difícil concordar en que el grado de internacionalización del capital es hoy día inmensamente más desarrollado que antes. De una parte, a través de la internacionalización de la propiedad del capital y de la internacionalización de la es-

estructura monopolista antes relativamente restringida a muy pocos centros de acumulación. De otra parte, a través de la acelerada expansión del circuito internacional de la reproducción ampliada y de las bases generales de la acumulación directa de capital, en una escala antes desconocida.

Ese proceso de maduración o de culminación de la internacionalización del capital, y de la estructura capitalista de la producción, es la expresión más clara de la maduración de la forma social de la producción derivada del grado de desarrollo de los medios técnicos de producción que hasta aquí ha permitido el capitalismo. Y en primer término, eso se refleja en el grado de socialización de la forma de la producción científica-tecnológica a escala internacional, que funda el hecho de que los medios técnicos tengan en las puntas avanzadas del sistema la capacidad creciente de limitar la participación valorizante del obrero individual, y de limitar correlativamente la producción de nuevo valor y de plusvalía en esos núcleos.

La inherente tendencia a la concentración de capital que este modo de producción conlleva, se ha venido desarrollando parejamente a este grado de socialización de la forma de la producción, imponiendo la necesidad de la reorganización empresarial para mantener y

utilizar el control de tan gigantesco grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de la forma social de la producción a escala internacional. Ese proceso iniciado desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, principalmente para el reflatamiento del capitalismo de Europa Occidental, asume hoy día la forma de las “empresas multinacionales o transnacionales”, como expresión de la forma cada vez más concentrada de la apropiación privada de la producción.

Diversos fenómenos económicos bien establecidos, y cuyas tendencias de agravamiento constituyen hoy día los problemas que dan lugar a las preocupaciones oficiales sobre la crisis del capitalismo, dan cuenta de la agudización de las contradicciones entre el grado de desarrollo de la forma social de la producción y de la forma privada, cada vez más concentrada, de la apropiación. Mencionaré aquí solamente los más resaltantes.

1) La agudización de la tendencia a la desproporción en la distribución de capital dentro del aparato internacional de producción y su secuela, la agudización de la inflación.

Sabemos que el capitalismo se ha desarrollado siempre de manera desigual, constituyendo niveles de diferente grado de desarrollo, que

se articulan orgánicamente en una economía internacional, condicionándose mutuamente. Pero esta tendencia se acentúa tanto más, conforme avanza el proceso de maduración de la forma social de la producción a escala internacional, mientras del otro lado se concentra y se monopoliza más y más el capital.

Esa desigualdad no se establece solamente entre formaciones sociales concretas de diferente nivel de desarrollo capitalista, sino también dentro de cada una de aquellas, entre las diversas ramas de la producción, y dentro de éstas, en diversos niveles de desarrollo.

Y esta tendencia al desarrollo desigual se deriva, como se sabe, de la desigual distribución del capital entre cada parte del aparato de producción internacional del capitalismo. Tanto más se desarrolla la concentración monopolística de capital, esa desproporción en la distribución de capital tiende a acentuarse. La estructura imperialista del capitalismo tiene aquí su asiento y su regulación.

En el centro de este problema se coloca, por eso mismo, el problema de la acumulación rentable del capital. Por su naturaleza, este corre precisamente hacia donde son mejores y más firmes las posibilidades de hacer más rentable la acumulación, como base para la ampliación de la escala de la reproducción de capital.

La rentabilidad de la acumulación no está necesariamente condicionada a las necesidades productivas de la sociedad, y por lo mismo, la distribución de capital entre las diversas áreas y niveles de desarrollo de la economía capitalista internacional se lleva a cabo en función de las propias exigencias del capital y del curso de la lucha de clases internacional.

Así, por ejemplo, después de la Segunda Guerra Mundial, fueron las necesidades de la reconstrucción del capitalismo europeo occidental y japonés, y más tarde las necesidades de las guerras en el Sudeste asiático y en el Medio Oriente, que generaron la incontrolada –no planificada– expansión creciente del crédito internacional, originando en todos los principales centros de acumulación, desequilibrios productivos, que engendraron desequilibrios comerciales y de pagos internacionales, que desde fines de la pasada década se traducen crecientemente en desequilibrios financieros y monetarios, esto es, en inflación.

Estos desequilibrios en la distribución de capital en el circuito total de acumulación capitalista se agudizan cada vez más, conforme la acumulación se concentra en la producción de medios técnicos de producción en lugar de bienes de consumo para la masa de la población, y en la producción de medios bélicos y de

exploración espacial. De esa manera, la realización de la plusvalía se produce crecientemente al interior de esos mismos circuitos de acumulación, originando un desequilibrio productivo global y en la estructura del empleo, por la expansión de la sobrepoblación relativa en todos los principales centros de acumulación monopolista de capital.

Y conforme esa tendencia avanza, paralelamente se van ampliando los circuitos de acumulación ficticia de capital, esto es no productiva, ni vinculada a la producción ni aún indirectamente, desarrollando mecanismos ficticios de capital.

Como las grandes corporaciones monopolistas, “multinacionales o transnacionales” van concentrando la masa mayor de capital financiero, en relación a las instituciones estatales e interestatales de financiamiento, y más todavía esas mismas instituciones son indirectamente controladas por las corporaciones privadas, es finalmente cada vez más difícil toda posible programación racional de la distribución de capital, pues aquellas corporaciones no solamente escapan a todo control público, sino que además, dada la magnitud de sus recursos, tienden a separar de modo creciente sus operaciones y sus políticas respecto inclusive de la política económica internacional de los propios

Estados imperialistas principales, sin que eso signifique que no utilicen a tales Estados, para los fines de su interés privado monopolístico.

Todo eso va adquiriendo ahora las características de un engranaje circular. Conforme los efectos de estos fenómenos se agravan, es más necesario para el capital monopolístico internacional tender a concentrarse en operaciones de más corta y fácil rentabilidad. Y en consecuencia, los desequilibrios en la estructura productiva, en la estructura comercial, financiera y monetaria, serán más y más profundos. Está en la esencia misma del grado de desarrollo de la monopolización de capital, que las “empresas multinacionales” expresan, la tendencia a la agudización de la inflación internacional, porque son sus necesidades de acumulación rentable creciente que empujan la cada más desigual y desproporcionada distribución de capital en la economía internacional. Veremos, más adelante, qué significa eso desde el punto de vista de la lucha de clases.

2) Un segundo problema, vinculado con el anterior, es que el desarrollo creciente de la cantidad y calidad de los medios técnicos de producción, en los centros principales de acumulación del sistema, imponen necesariamente la obsolescencia tanto de los propios medios técnicos de pro-

ducción como de gran parte de la producción. Y, al mismo tiempo, una creciente capacidad ociosa de esa inmensa capacidad productiva.

El capital desarrolla sus fuerzas productivas, simultáneamente, como respuesta a las luchas reivindicativas del proletariado, como por sus propias necesidades de acumulación. Inclusive ahora y en adelante, cuando parece que en sus más avanzados núcleos productivos, el capital comienza a tropezar con los primeros límites a su valorización por el propio efecto del grado de desarrollo de sus medios de producción, no puede dejar de producir e innovar esos recursos, aún cuando tenderá a hacerlo cada vez más errática y anárquicamente, más lentamente y pervirtiendo los más potentes al convertirlos en recursos de destrucción bélica.

El resultado inevitable de esa renovación de la masa de medios de producción y de su innovación cualitativa, es la obsolescencia de una parte de los previamente producidos, que no se pueden simplemente abandonar en masa. Porque, ¿qué ocurriría si una parte importante de la masa de medios técnicos obsoletos de producción se abandonara o se tirara? Eso significaría el hundimiento, la bancarrota de capas importantes de la burguesía, asociadas precisamente al control y al uso de tales recursos. Cientos de miles de pequeños y medianos

empresarios quedarían en bancarrota, fuera de la clase. Y eso, aunque fuera económicamente deseable, para el sistema capitalista no lo es ni política ni socialmente en cualquier momento.

Es como consecuencia de eso, que a su turno se traba la innovación tecnológica, como en el uso que hemos señalado antes de las máquinas de control numérico. Pero, como al mismo tiempo, se sigue produciendo nuevos medios técnicos, una parte creciente de los obsoletos en la misma rama tiende a entrar en desuso o los nuevos medios no pueden ser usados en toda su capacidad productiva, especialmente si se tiene en cuenta que a eso debe añadirse el problema de la desigual distribución de capitales. Si, por ejemplo, no se expande a la velocidad posible la producción masiva de medios de producción tan poderosos como las máquinas de control numérico, eso quiere decir que los medios de producción de ese tipo de máquinas no se están usando en toda su capacidad productiva.

Todo ello, por supuesto, refuerza las tendencias a los desequilibrios crecientes en la estructura productiva, y sus efectos inflacionarios, y de límites crecientes a la rentabilidad de la acumulación en los principales centros del sistema, problemas que no se pueden solucionar solamente al interior del circuito de acumulación

de esos centros. Luego veremos las consecuencias que de allí se derivan para las relaciones con los otros niveles de desarrollo del sistema capitalista internacional en su conjunto.

Marx había previsto que en un determinado momento del grado de desarrollo de los medios técnicos de producción, las fuerzas productivas básicas del capitalismo, la forma social de la producción se desarrollaría en un sentido preciso: el trabajo individual pasaba a ser cada vez menos importante, y el trabajo social global pasaba a ser el decisivo, a través de su objetivación en el capital. La necesidad de acumulación creciente del capital, de otro lado, empuja la tendencia a la cada vez mayor concentración de la forma privada de la apropiación. Y las contradicciones entre estos dos términos de la producción capitalista pasarían, por lo tanto, a dominar la vida diaria del sistema. Es esta situación, me parece, la que muestran precisamente los fenómenos que acabamos de señalar.

Es decir, a pesar de que la maduración de la forma social de la producción exige y permite la planificación racional del uso de los recursos a escala internacional, la tendencia a la concentración monopólica del capital, llevada a su más grande desarrollo en las empresas multinacionales conglomeradas, por sus propias

características, imponen una cada vez mayor agudización de las tendencias de inconsistencia y de irracionalización en la distribución de los recursos productivos. Y sus consecuencias están ya muy visiblemente haciéndose presentes en la revitalización de las luchas de clase.

En conjunto, pues, los límites y dificultades crecientes que el capital monopolista encuentra ahora, para su valorización y rentabilidad en los puntos más avanzados de la estructura de producción, están agravando las contradicciones diarias del capitalismo en todos los principales centros de acumulación del sistema, y se expresan en problemas de obsolescencia tecnológica, en el aumento de la capacidad ociosa de parte de los medios técnicos de producción, en desequilibrios de la distribución de capital, en inflación y en límites a la rentabilidad de la acumulación para una parte importante del capital monopolista.

3) De aquí se deriva una de las más visibles tendencias del capitalismo contemporáneo, como sistema global: la necesidad de ampliación acelerada del circuito internacional de reproducción ampliada, y de expansión general de las bases de acumulación internacional de capital.

Para compensar los límites a la valoriza-

ción y a la rentabilidad de la acumulación en los principales centros del sistema, el capital monopolista internacional es arrastrado imperiosamente a la necesidad de ampliar su circuito internacional de reproducción ampliada. Y, para que eso sea factible, es igualmente indispensable la expansión de las bases de la acumulación en todos los otros niveles del circuito internacional de reproducción del capital.

El modo de producción capitalista contemporáneo existe dentro de un vasto sistema internacional de producción y de poder, caracterizado por la desigualdad y la combinación de los varios niveles de desarrollo de las formas específicas de producción. Eso significa que cuando en las puntas del sistema esas formas específicas ya han madurado plenamente, en otros de sus niveles se encuentran en un grado de maduración intermedia, y en otros están apenas en curso de expansión y de implantación. Y como todos estos niveles de desarrollo no existen separadamente, sino estructuralmente articulados entre sí, las consecuencias de lo que ocurre en el nivel más avanzado, no pueden dejar de repercutir en todos los otros niveles, a través de procesos particulares referidos a las condiciones históricas concretas de las formaciones sociales en que esos otros niveles se desenvuelven.

En este caso, los problemas de valorización y, en consecuencia, de rentabilidad de la acumulación de una parte importante del capital monopolista internacional, en los principales centros de esa acumulación, repercuten en los otros niveles como tendencias a la ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada en donde eso es ya posible según el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, o de expansión de las bases generales de la acumulación de capital, allí donde ese grado de desarrollo de las fuerzas productivas no faculta aún la incorporación a la reproducción ampliada.

Y esta tendencia necesaria del capital monopolista internacional se expresa, actualmente, con toda visibilidad en una rápida modificación de lo que Lenin llamó la “cadena imperialista”, concepto que a mi juicio hay que rescatar y utilizar más sistemáticamente⁹.

Desde este punto de vista, es necesario recordar que hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, el sistema capitalista estaba constitui-

9 He adelantado algunas ideas acerca de los cambios en la cadena imperialista, en “Imperialismo y Relaciones Internacionales en América Latina”, trabajo presentado en el *Symposium sobre las Relaciones Internacionales entre América Latina y Estados Unidos*, Lima 1973.

do, grosso modo, en dos grandes niveles que en el lenguaje de la economía latinoamericana se denominó “centro” y “periferia”, o “metrópolis” y “satélites”. Sin mucha precisión, con esos términos, se aludía al hecho de que desde la iniciación del desarrollo del capital monopolista internacional y de la era imperialista, ese capital operaba invirtiéndose en prácticamente todos los países y regiones, pero manteniendo sus centros de acumulación y de realización de plusvalía en sólo unos pocos países. Estos se constituyeron así como los “centros” del sistema y los países restantes en la “periferia”.

Durante todo ese periodo, el “centro” eran los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, como sedes básicas del circuito de reproducción ampliada y de control del capital monopolista internacional. En prácticamente todos los demás países, el capital monopolista operaba sobre la base de un sistema de acumulación semicolonial, en la medida en que simultáneamente, usaba a aquellos países como bases de generación de plusvalía a ser en su mayor parte realizada y acumulada en los “centros”, trabando por consecuencia el desarrollo de un circuito interno de acumulación en la “periferia”, mientras al mismo tiempo se articulaba de diversas maneras, pero sobre todo a través de la determinación del valor de la fuer-

za de trabajo, con la matriz económica de origen precapitalista dentro de la cual se injertaba el capital monopolista en esos países.

A esa situación correspondía la conocida división internacional del trabajo, entre países productores de productos industriales y países productores de materias primas.

Después de la Segunda Guerra Mundial y principalmente después de fines de la década de los años cincuenta, aquella estructura del sistema imperialista se ha modificado profundamente, y las actuales tendencias a la ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada la modificarán aún más rápidamente.

Actualmente ya ha aparecido una segunda franja de países, en los cuales el previo desarrollo del capitalismo y de sus fuerzas productivas, ha permitido su incorporación sectorial –no homogénea– al circuito internacional de reproducción ampliada o está empujando hacia ello. En América Latina, sin duda es Brasil el más preciso ejemplo, pero también México y en menor medida Argentina, están dentro de esta tendencia. India e Indonesia en el Asia, Irán e Israel en el Medio Oriente, y Sudáfrica en el África, podrían ser los otros países considerados ya, sectorialmente, como incorporados o incorporándose a ese circuito internacional de reproducción ampliada. En tal

condición, constituyen subse-des o subcentros de acumulación.

Una tercera franja de países, por otro lado, está atravesando activamente procesos que consisten en la reducción del ámbito de existencia de relaciones de producción de origen precapitalista, y en el surgimiento o consolidación de las bases de circuitos internos de acumulación, sobre la base del desarrollo de la actividad industrial-urbana de nivel intermedio; por consecuencia de erradicación de las bases de la acumulación semicolonial. En esos países, sin embargo, el desarrollo previo de las fuerzas productivas urbano-industriales, no ha alcanzado todavía el grado suficiente como para permitir la incorporación, ni siquiera de manera sectorial, de esas economías al circuito internacional de reproducción ampliada. No obstante eso, es completamente claro que allí están en pleno curso de expansión las bases de la acumulación interna de capital, pero bajo el dominio del capital monopolista internacional y en función de las necesidades de las sedes centrales de la reproducción ampliada. En América Latina, este es el caso de países como Colombia, Chile, Perú, Venezuela, Uruguay, y en un nivel más retrasado, de Ecuador.

Y finalmente, una cuarta franja de países en los cuales las bases de la acumulación semico-

lonial siguen vigentes, aunque con tendencias en la mayor parte de ellos a integrarse en el nivel inmediatamente superior, esto es en la tercera franja de la estructura internacional de acumulación. En América Latina, países como Haití, Paraguay, Bolivia, y la mayor parte de los países centroamericanos, probablemente corresponden aún a este nivel de desarrollo capitalista, así como la mayor parte de los países africanos recientemente descolonizados. En todos ellos sin embargo, con mayor o menor amplitud, actúan procesos de expansión de las bases de la acumulación.

El sistema capitalista internacional, en tanto que cadena imperialista, es pues hoy día algo muy distinto de lo que era hasta los años finales de la Segunda Guerra Mundial y aún hasta el comienzo de la década pasada. Es este proceso de ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada, ante todo, así como la expansión en general de las bases internacionales de acumulación en todos los niveles, lo que va modificando la estructura de la división internacional de la producción, fenómeno ya tantas veces señalado en la literatura reciente sobre el imperialismo. Todo ello en conjunto, permite afirmar que estamos ya ingresados en el período del tercer imperialismo capitalista.

No es difícil darse cuenta que todo este proceso de reajustes en la estructura de la cadena imperialista, no puede llevarse a cabo sino por medio de enérgicos reajustes en la estructura productiva, social y política de las formaciones sociales concretas sometidas a la dominación imperialista.

Y estos procesos no pueden sino engendrar la agudización de todas las contradicciones estructurales y conflictos sociales y políticos entrañados tanto dentro de los propios países sometidos a la dominación imperialista, como entre los varios niveles que ahora componen el sistema en su conjunto. No es posible, en los límites de esta conferencia, intentar el despliegue de esta problemática.

Característicamente, por ejemplo, en los países que, como el Perú, actualmente atraviesan un proceso en que se erradican las bases de la acumulación semicolonial en favor del desarrollo de un circuito interno de acumulación, a través de una asociación entre el capital estatal y el capital monopolista internacional, son ya muy visibles las contradicciones entre las necesidades de la consolidación y la ampliación de ese circuito interno de acumulación con las necesidades del capital monopolista internacional, ya que el débil desarrollo previo de la actividad industrial urbana y la precaria articu-

lación entre los diversos sectores productivos, restringen inevitablemente el campo principal de la acumulación monopolista internacional a los sectores extractivos de materias primas y energéticas. El mercado interno no puede expandirse a la velocidad necesaria para la acumulación industrial, porque para eso habría sido necesario que las relaciones capitalistas de producción se hubieran ya expandido y consolidado en sus niveles intermedios de desarrollo, abarcando a la masa mayor de la población trabajadora.

Y, por otra parte, la erradicación de las bases de la acumulación semicolonial; por lo tanto de los “enclaves” extractivos, de los restos de relaciones de producción de origen precapitalista, y de las formas primitivas de la propia acumulación capitalista, no pueden ser realizadas sino a través de procesos políticos que conducen a la inestabilidad de las bases del poder político burgués.

Simultáneamente, las expectativas que en estos países se desarrollan en torno de esos reajustes en la estructura productiva, tropiezan dramáticamente con la agravación de la inflación internacional, con los problemas de la desocupación y la subocupación crecientes, con la reconcentración del ingreso y las luchas reivindicativas de los trabajadores de la ciudad

y del campo, tanto más imperiosas cuanto mayor es la agravación de estos problemas.

De hecho, por esas causas, no parecen ser tampoco muy amplias ni muy firmes las posibilidades de la continuación de este proceso de ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada y de expansión de las bases generales de la acumulación capitalista internacional.

Si bien, desde el punto de vista de los países sometidos a la dominación del capital monopolista internacional, esos límites son principalmente vinculados a los efectos de la agravación de la inflación internacional y a las posibilidades de control político suficiente para no arriesgar la estabilidad y la permanencia del propio sistema, esos límites están en los países sedes centrales de la acumulación, vinculadas a las posibilidades mismas del desarrollo aún más amplio de los medios técnicos de producción. Pues, en efecto, para que este desplazamiento de recursos de producción hacia las franjas nuevas de la cadena imperialista pudiera hacerse plenamente y producir una efectiva ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada, sería también indispensable que en los países centrales se diera un gran salto tecnológico, que permitiera desplazar una parte sustantiva de los medios técnicos

actuales de producción, sin pérdida para esas sedes centrales de la acumulación monopólica de su condición de tal. Esto es, sin arriesgar el carácter imperialista de la acumulación internacional de capital. Y hemos señalado antes cuáles son las consecuencias, ya en curso, del desarrollo de las fuerzas productivas en esas puntas avanzadas de la producción capitalista.

Si bien, por lo tanto, estos reajustes en la cadena imperialista tienden a profundizarse, de otro lado son también muy pronunciadas las contradicciones que limitan estos procesos, así como aquellas a cuya agravación dan lugar. Sin embargo, creo que este es uno de los nudos decisivos del problema de la sobrevivencia del imperialismo contemporáneo, y el estudio de sus perspectivas debiera ser uno de los focos principales de la investigación revolucionaria.

Finalmente, quisiera terminar esta exposición, en algunas reflexiones acerca del significado de todo esto para la lucha de clases internacional.

Primero que nada, me parece importante señalar que se están constituyendo nuevas bases estructurales, objetivas, para las necesidades y el reclamo revolucionarios de solidaridad internacional de los trabajadores. El proceso de internacionalización creciente de las formas específicas de la producción capitalista, la ma-

duración de la forma social de la producción que eso conlleva, la final internacionalización de la estructura del capital, contienen ahora bases objetivas para esa solidaridad estructural y no solamente ideológico-política, del proletariado internacional, porque este es ahora cada vez más, precisamente eso: internacional, en el pleno sentido de la palabra.

En períodos anteriores, esa calidad del proletariado estaba ciertamente ya contenida como tendencia incipiente, tanto como era aún no definitivamente madurada la propia internacionalización del capital. Así mientras el sistema imperialista dividía a unos pocos centros de acumulación de una vasta “periferia”, en la división internacional del trabajo, y en la medida en que en esa “periferia” las formas específicas de producción capitalista estaban aún en curso de expansión y de consolidación, los trabajadores de ambos niveles del sistema estaban separados por una distancia muy grande de intereses específicos, a pesar de la comunidad en abstracto de sus intereses generales.

En la actualidad, por el contrario, es en la propia nueva estructura del capital y de la cadena imperialista, que el proletariado se internacionaliza de modo concreto y es a través de sus intereses concretos o específicos que va desarrollándose su solidaridad internacional

posible, aunque la desigualdad del desarrollo de la conciencia política dentro de ese proletariado internacional, no solamente traba hoy día la materialización orgánica de su solidaridad, sino que inclusive algunos sectores importantes de trabajadores en ciertos países centrales del sistema podrían tender a actuar en sentido contrario.

En segundo lugar, la agudización de las contradicciones entre la forma social de la producción y la forma privada, cada vez más concentrada de la apropiación, especialmente en los centros de acumulación del sistema, no pueden dejar de expresarse, necesariamente, en la revitalización de las luchas de clases en esos países. En este período asistiremos probablemente, ya estamos comenzando a hacerlo, a esa revitalización y quizás al desplazamiento del lugar central de esas luchas de clases desde la “periferia” dominada a los “centros” del sistema.

Dos procesos, principalmente, alimentan hoy día la agudización de la lucha de clases internacional, y en particular en las sociedades más desarrolladas del capitalismo.

Uno es el proceso de inflación, una de cuyas varas inevitables es la pauperización de amplios sectores de trabajadores, por la baja continuada de los salarios reales. Me permi-

to recordar a ustedes que en el curso del año 1973, el salario real promedio del proletariado norteamericano bajó en más del tres por ciento. Y fenómenos similares están ocurriendo en todos los otros principales centros del sistema, en Europa y Japón, y la importación de la inflación internacional está ahora agravando la inflación interna de la mayor parte de los otros países de la órbita del imperialismo. Este proceso de inflación, está en combinación con las tendencias de desocupación creciente, que va alcanzando proporciones muy grande en todos los países centrales.

Esta situación está ya planteando presiones reivindicativas desusadas, por empleo y salarios, entre el proletariado de los países centrales y la burguesía monopolista internacional. La lucha por el nivel de participación de los trabajadores en el producto de la sociedad, está haciendo su ingreso en el escenario de manera decisiva, precisamente como consecuencia de la agudización de las contradicciones entre la forma cada vez más social de la producción y la forma privada, cada vez más concentrada, de la apropiación.

Una sociedad como la de los Estados Unidos, podría probablemente ya estar en condiciones, técnicamente, de liberar, esto es, de socializar el consumo de una proporción muy

significativa de la masa de su producción. Pero, como es obvio, esta posibilidad choca contra las necesidades de aumentar los beneficios y la acumulación por parte de la burguesía. Sin embargo, la burguesía puede trabar aquella posibilidad técnica, por su condición de propietaria de los recursos de producción, y por su dominio del poder político.

Un segundo proceso, vinculado a esta revitalización de las luchas de clases, es la continuada pérdida de fuerza de toda la ética social que comprometía a la masa mayor de la población trabajadora a la lealtad al capitalismo y a sus necesidades características. Este fenómeno, cuyas primeras manifestaciones más ruidosas fueron observadas en la rebelión juvenil norteamericana contra las guerras imperialistas, contra la cultura del consumismo, en la rebelión juvenil y obrera del Mayo francés de 1968, en el “otoño caliente” de Italia del 69, no ha hecho sino expandirse y acentuarse desde entonces.

Es parte de ese mismo proceso, la aparición de una nueva reivindicación en el proletariado de los países centrales, y en particular en Europa: la necesidad del control de la producción y de los recursos de producción. Eso da cuenta de que los elementos que tienden a configurar la conciencia social de ese proletariado no son

ya, solamente, derivados de la ideología política explícita, sino también de las condiciones cotidianas de la propia existencia social, a su vez derivadas de la maduración definitiva de las formas específicas de la producción capitalista, y sus implicaciones señaladas en la creciente anarquización e incongruencia de una sociedad cada vez más prisionera de sus contradicciones.

Es, por eso, en ese preciso sentido que se podría decir que las bases técnicas del socialismo están ya presentes en la situación actual del capitalismo, en los países centrales.

Por cierto, creo que ni en Estados Unidos, ni en Europa, el grueso del proletariado ha recogido ya en términos políticos explícitos, su necesidad de poder sobre los recursos de producción y sobre la organización de la producción. Y ese problema no es solamente el resultado de los efectos de la lozanía del capitalismo en el periodo que termina, sino también del proceso de estancamiento y deformación del proceso de construcción del socialismo en los países de Europa del Este, y de sus consecuencias sobre el estancamiento y la deformación de la investigación, la organización y la práctica revolucionarias en el movimiento socialista internacional, durante varias décadas.

Debido a esos problemas, a pesar de la visible maduración de la conciencia social del proletariado, el retraso de su conciencia política y de sus organizaciones políticas de clase es una situación que no puede ser sobrepasada sino por un enérgico esfuerzo colectivo de revitalización de la teoría revolucionaria. La maduración de las bases técnicas del socialismo en el capitalismo contemporáneo, no madura automáticamente las bases políticas de su construcción efectiva. Creo también, no obstante, que ahora están surgiendo aunque que dispersamente, las bases renovadas de un posible desarrollo teórico y político concreto de la revolución socialista.

Esta revitalización de las luchas de clases en todos sus niveles, dentro y fuera de los centros de acumulación principales, el deterioro de las bases sociales concretas de la gran estabilidad política en los países centrales después de la Segunda Guerra Mundial, está empujando a la burguesía a la construcción de regímenes políticos de tipo autoritario-tecnocrático en esos países, así como en los países de los otros niveles de la cadena imperialista, utilizando simultáneamente ensayos de dominación política de tipo corporativista combinada con técnicas de manipulación de origen “populista”, y regímenes abiertamente fascistas, según el nivel

alcanzado por las luchas políticas de clase en cada país.

En este nuevo escenario, signado por la iniciación de la fase abierta de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción del capitalismo, la burguesía y el proletariado internacionales están, pues, preparándose a luchas definitivas a un plazo quizás no demasiado largo. Serán los resultados de esas luchas, las que decidirán, en último término, si es el socialismo o una suerte de barbarie técnica, lo que podrá surgir de la

agravación de la crisis final del capitalismo.

El socialismo, sin embargo, no es ya sólo una posibilidad teórica. Ha iniciado ya su historia real en aéreas decisivas del mundo, y a pesar de sus dificultades, de su estancamiento y deformación en unos lugares, o de la incertidumbre de su desarrollo en otros, es su presencia efectiva lo que, también, contará decisivamente en el destino final de la crisis del capitalismo.

Lo que de todo esto concierne a la América Latina, lo intentaremos ver en nuestra próxima conversación.